

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Josué 5, 9a.10-12): *Comieron del fruto de la tierra.*

Salmo (33, 2-3.4-5.6-7): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 17-21): *Todo viene de Dios.*

Evangelio (Lucas 15, 1-3.11-32): *Hijo, todo lo mío es tuyo.*

Estamos avanzando en este tiempo de Cuaresma, en el camino hacia la Pascua, que es un camino de conversión, pero teniendo en cuenta que la conversión no se limita a la penitencia sino que es tomar conciencia de que, como nos dice Pablo en la carta a los Corintios: *«si alguno está en Cristo es una criatura nueva»* y, por tanto, para vivir esta novedad de ser “*criaturas nuevas*” y poder celebrar la Pascua tenemos que ponernos en manos de Dios para que *«arranque de nosotros el corazón de piedra y nos dé un corazón de carne»*. Para ello en este domingo la liturgia nos invita a contemplar en Cristo Jesús el auténtico ser de Dios, a ver como este Dios que confesamos y en quien creemos es un Padre de misericordia.

A lo largo de este tiempo de Cuaresma vamos incorporándonos cada vez más a Cristo Jesús que es el rostro de la misericordia del Padre y así, nuestra conversión cuaresmal implica la tarea de pedir al Señor que nos dé entrañas de misericordia, asimile nuestro corazón al corazón de Dios y que nuestra justicia sea la justicia de Dios. Y en el Evangelio que es el retrato más fiel de Dios es donde vemos cómo responde Jesús a la disgustada murmuración de fariseos y escribas ante el hecho de que Jesús perdona a los pecadores y coma con ellos.

La acusación de fariseos y doctores viene amparada, según ellos, en la justicia prescrita por la ley y, sin embargo, Jesús les manifiesta que la auténtica justicia divina está basada en la misericordia y esto lo hace con la parábola del hijo pródigo, donde plantea el drama que se produce entre el amor del padre y el descarrilamiento del hijo que, viviendo de forma libertina y disoluta dilapida la herencia paterna y pierde así hasta sus derechos de hijo y la posibilidad de volver a reclamar al padre.

Sin embargo, en el corazón del padre, el hijo ha mancillado su dignidad filial pero no la ha perdido y por eso, el padre le espera día tras día y cuando le ve volver, aunque su vuelta haya sido movida por una conversión interesada, no espera a que llegue sino que sale a su encuentro, lo abraza y lo besa, lo viste con las mejores vestiduras y le coloca nuevamente el anillo en el dedo, con ello le reconoce nuevamente la dignidad de hijo, restituyéndole sus derechos filiales.

Esta es la misericordia de Dios que queda reflejada en esta parábola, una misericordia que queda más allá de toda medida esperada y que no se limita a dar a cada uno lo que le correspondería por sus actos. Es la conducta de Jesús que revela la misericordia del Padre y que nos dice que la misericordia es la más perfecta realización de la justicia.

Sin duda ésta es una de las parábolas más meditadas y de cada meditación surge algo nuevo. Si nos atenemos a lo que dice Jesús no queda nada más que mirar hacia dentro y decidir. Muy distinto si miramos hacia fuera y tratamos de proyectar el relato sobre la sociedad de hoy, echando una mirada a la sección de sucesos de cualquier publicación o diario o escuchando las noticias que nos ofrece cualquier cadena de radio o televisión. Muy poco o nada importa el detalle de si se trata de una familia rota porque un miembro de ella se enredó en la droga o por cualquier otra circunstancia.

Hay una segunda lectura en con transposición temporal a la situación de muchas familias rotas. El llamado “*conflicto generacional*” tiene una larga historia con antecedentes bíblicos, desde la mortífera envidia de Caín a Abel. La rivalidad por intereses de Esaú y Jacob con la complicidad de la madre, la tragedia de José vendido por sus hermanos, la guerra declarada entre Absalón y su padre David, etc.

En la sociedad actual, se acusa este fenómeno sobre todo en la apreciación de valores y objetivos o ideales de la vida. La liberación de la tutela paterna conlleva generalmente también el olvido de Dios. No suele haber ni violencias ni blasfemias. Se trata de un deseo de vivir en libertad la propia vida sin renunciar para nada a la tutela económica de la casa paterna.

El alejamiento de nuestros hijos y la pérdida de valores, **¿supone que vamos a perder, sin remedio, a la juventud?** A pesar de que la mayor parte de la juventud ha abandonado las prácticas tradicionales como expresión de la fe, **¡yo me niego a creerlo!** Son los hijos de la sociedad del bienestar que, quizá en una situación como la del pródigo, no tendrán inconveniente en regresar a la casa paterna de Dios Padre porque, en realidad, Dios no ha desaparecido de su vida; lo que pasa es que “*piensan poder vivir sin Él*”.